

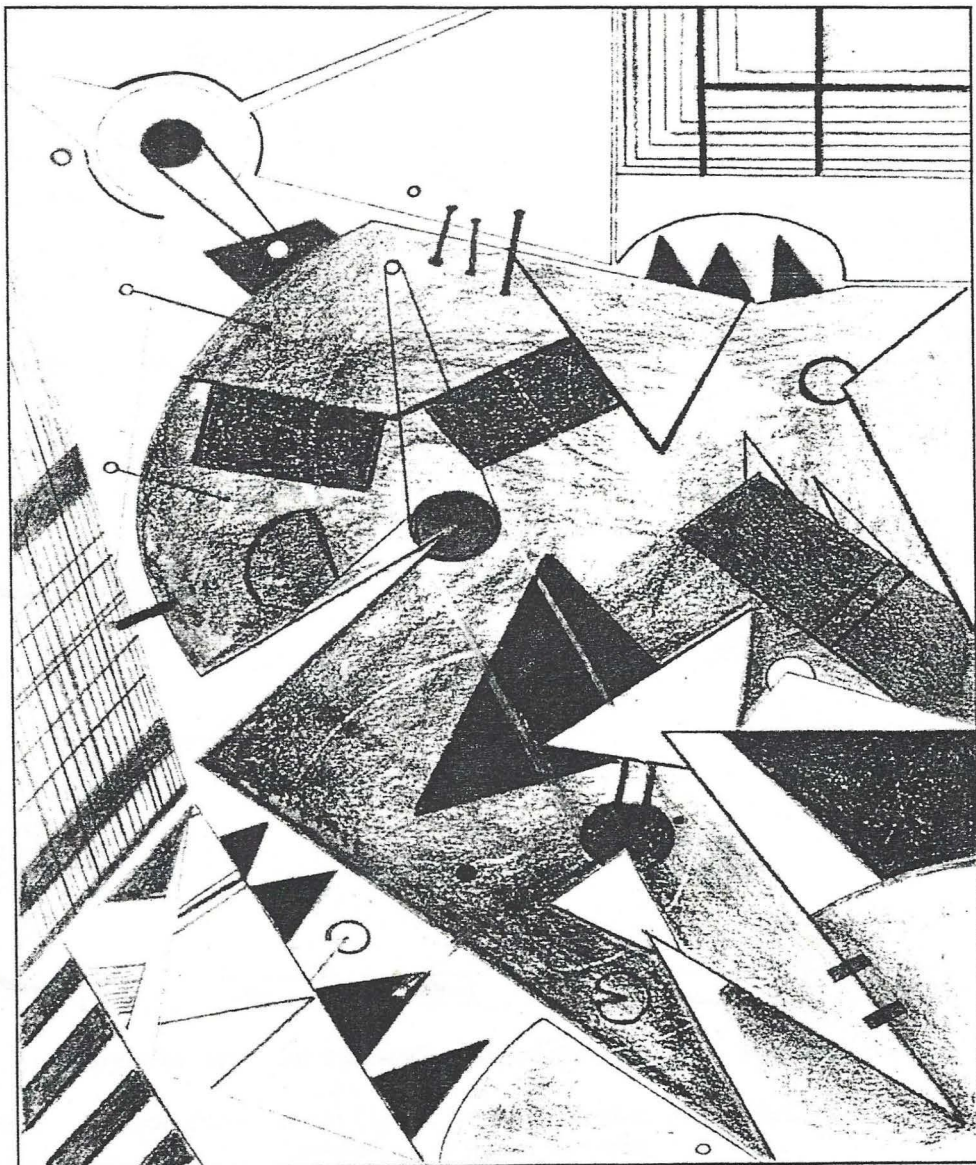
APEIRON

Revista de Filosofía, Arte y Literatura

Año 1

Número I

Agosto-Septiembre 1999



UNMSM-CEDOC

A P E I R O N

REVISTA DE FILOSOFÍA, ARTE Y LITERATURA

Lima	1999	Año I	Nº 1	Agosto-Setiembre
------	------	-------	------	------------------

Grupo editor: Johnny Zevallos, Omar Salazar Calderón y Moisés Sánchez Franco.

Colaboradores: Renzo Signori, Nehemías Mendieta, Melina Sánchez de Osambela y Luis Adawi Shreireber.

UNMSM-CEDOC

© Copyright, Apeiron Editores
FLCH-UNMSM
Av. Venezuela s/n
e-mail: @correowb.com
Lima-Perú



Diseño de la carátula: *Conocimiento organizado* de Luis Adawi Schreireber
Diseño y diagramación: Grupo Editorial

EDITORIAL

APEIRON se presenta como un espacio para los trabajos intelectuales y artísticos. No estamos sujetos a ideología alguna, ya religiosa o de otra índole. Tampoco representamos a ningún grupo específico de San Marcos; nos identificamos como jóvenes que buscan expresarse y dar la oportunidad a que otros también lo hagan. Es por ello que asumimos el nombre APEIRON (lo indeterminado) como la expresión de un proyecto libre y plural.

Nuestros lectores podrán hacernos llegar sus creaciones o reflexiones a nuestro e-mail: apeiron@correoweb.com

PRESENTACIÓN

Apeiron como la conciben sus fundadores es una revista que sale a la luz de la vida intelectual con los bríos y el ímpetu de quienes nacen con todo el vigor del entusiasmo para sembrar el mundo con su semilla y para templar el alma y el pulso de la pluma con la experiencia de la escritura, que es la que da y la que pule finos ideales.

Apeiron tiene como reto caminar por el extenso mapa de este país alzado sobre los hombros de un pasado autóctono que obliga a no ser menos que él. Los que la han imaginado, los que la han encubado, los que ejercitan la primera pluma, sabrán andando el tiempo que las grandes creaciones comienzan cuando uno las lanza al camino público de la vida, donde las ideas, donde las figuras, donde las fuerzas van cobrando cuerpo a medida que avanzan. Los que lanzan semillas al vasto surco de la vida tienen que saber que los frutos de su siembra pueden ir más allá que ellos y cuando las lanzan tienen que hacerlo con la más límpida intención y con la letra más humana posible en la medida que las creaciones del intelecto han de estar orientadas al mejoramiento del ser del hombre y no hacia su socabamiento.

Apeiron se abrirá un campo en la medida que sus forjadores escriban para el cultivo o para el goce del alma. Este proyecto aparece con el entusiasmo de cultores que se asoman tempranamente al campo de la creatividad y de la reflexión. Y en esta fase del itinerario de su escritura puede esperarse correcciones en los puntos en que su descenso contraviene una buena expectativa en la dirección de una contribución al mejoramiento de la vida colectiva e individual de un país como el nuestro sangrado en su amor propio y golpeado por las herencias de un pasado colonial cuyos daños, a pesar de casi dos siglos de república, no han sido vencidos ni en su existencia material ni espiritual, cuyo presente se muestra incierto y ofensivo. Los creadores de hoy tienen que levantarse como promesas de un cambio en positivo más no en un sentido regresivo.

La literatura, el arte, la filosofía en tanto formas de la capacidad creativa y reflexiva humanas tienen que ser promesas vivificadoras, clarificadoras y purificadoras de la existencia humana en el suelo en que se siembren y se asuman como partes de la actividad dignificadora del ser humano. Los artículos que Apeiron contiene aparecen como golpes, como denuncia de una existencia desgarrada que clamara por una renovación profunda desde sus mismos cimientos. De ninguna manera los contenidos podrán ser asumidos como un mensaje clamador de identificación y adhesión a lo negativo. Y en este sentido cada agonista, en el uso de la escritura, asume el contenido de su letra. Desde aquí, pues, deseamos larga vida a Apeiron.

Aníbal Campos R.

INYECTABLES

..., pinchó la vena, bombeó algo de sangre hacia el interior de la jeringuilla, y apretó el gatillo del elixir que da y quita la vida.

(Irving Welsh)

Todo parecía previsto: desde esas tantas mañanas en que el cielo gris de Lima se confundía con la densa neblina diurna; las calles de Lince, congestionadas de carros que no dejaban de sonar sus bocinas; y gente con maletines en mano y, otros yendo de un lado a otro, sin un rumbo fijo; hasta los estruendosos enloquecedores ruidos, pareciendo romperme los tímpanos, el acumulable smog que lograba llenarme los ojos de lágrimas, y los basurales, apoderándose de las esquinas; cuando súbitamente se me ocurrió salir a tomar un poco de aire (abrigándome con una vieja casaca de jean y respirando más agua que aire) en medio de un ambiente a ciudad terciomundista, impregnada de un olor a pescado fresco. Quise huir de allí sin saber adónde, puesto que ya nada me importaba, tras varios días de un autoexilio impuesto para ver si se me quitaba la cuestión esa de la droga, y como era de esperarse, aquel anhelo nunca se realizaba porque mientras menos quería pensar en drogas, siempre se me venía a la mente fumar me un buen troncho o tirarme una puta es que mi vida se había reducido a chola gorda del centro de Lima. Y eso, ¿o corrértela bien rico?, y a

cualquier hora del día, disfrutando de mis desadaptadas imágenes sexuales, dejándolas divagar por mi mente en un retraído vacilón —que era en mi departamento— ¿el que alquilaste en el cuarto piso de un edificio en la avenida Arenales?, y que por cierto no era gran cosa, ya que llegaba apenas a cubrir, ajustadamente, los cincuenta metros cuadrados. Las paredes estaban sin pintar y descascaradas, el moho pegado a los alrededores, y un baño que era una inmundicia porque debo admitir que siempre he sido exageradamente descuidado para limpiar mis mierdas. Pero eso sí, un pata de puta madre cuando me decían acá tengo unos tiritos para ir a zampárnoslos de una vez, con una buena inhalada como sólo yo la sabía hacer. Para cuando volvía a mi guarida no tenía otro pasatiempo que oír música en una radiograbadora pequeña que podía funcionar esporádicamente ¿a pilas? y que con las justas llegaba a captar algunas emisoras limeñas en días tan normales como ése. Afortunadamente, para aliviar ese problema, contaba con una televisión de dos pulgadas de pantalla que me acompañaba en mis días de aburrimiento, debido a que las ventanas del depa no tenían vista para la calle, así que tenía que iluminarse por un espacio central que era para la circulación y las escaleras, claro que como no me quedaba otra, tenía que sentarme en un sillón viejo que me vendió mi

pata el chino y que me servía de confortable para poner mis pies impregnados de hedor a transpiración sobre mis revistas porno, comiéndome unas rosetas de maíz a la vez que veía en la diminuta tele, los programas de mierda de la televisión peruana. Y si el sueño no me vencía, podía quedarme horas y horas hasta las cuatro de la madrugada, lo que no me era tan difícil, pues para dormirme ¿toda la mañana? no había nada mejor que un hediondo colchón de espuma, el que decidí dejar contaminarse sobre el frío y sucio piso de mi pocilga, cubriéndome por las noches con mi piyama que nunca la lavo y que se asemeja al aspecto de mis calzoncillos cuando estaban cubiertos de excrementos, orina y semen. Indudablemente, todo eso terminaba por hacerme sentir mal, así que me desfogaba con un ¡conchadesumadre! porque todo se me jodió desde que mi viejo me botó por drogón ¡o trabajas o te vas de la casa, carajo! Lástima ¡puta madre! no me quiso dar más plata con lo tanto que ganaba en el Congreso y los paquetes de droga que vende tu gente en Miraflores, viejo maricón. Así que no tuve otra solución que largarme a este cuchitril, ¿alquilado?, ¿por tu viejita?, sí pues ¿y quién más?, con inicial y tres meses de adelanto, porque ¿qué no daría yo por un buen tiro? y en eso Lince no tiene pierde, con harta droga en cada una de sus esquinas y con las feas ¿o feos? putas de la Arequipa que se dejaban levantar por uno que otro

borrachos que las jodiera pst pst a ochenta soles nomás flaco y siempre y cuando me lleves en tu carro, ¿no papito? Por todo eso es que me vine a vivir acá, pero la verdad es que lo hice por mi gran amigo Carlín, quien vivía a unas cuadras cerca de la vía Expresa y que me había prometido unos buenos tiros. El tipo estaba trabajando en algo que jamás me quiso decir ¿qué era? Había puesto un negocio en la casa de su vieja y que paraba todo el día jodida en su silla de ruedas, por lo que se le hizo más fácil para conseguir billete. Pero al pendejo de Carlín le llegaba al pincho si su vieja se moría o no porque de lo que vendía no le daba ¿nadita? ni un puto cobre; y como él me dijo más de una vez, creo que ya es hora de enterrarla a la vieja hom para que se deje de joder con sus dolores de espalda. Y se largaba como sin con él no fuera la cosa, haciéndose el sordo como el típico vidividor de ¿vedettes? peruanas cuando le piden plata para pagar el consumo mensual de la casa; y cerrando la puerta con fuerza me decía ¡ya vámonos! y yo que lo alentaba ¡buena Carlín! ¿cuánto has sacado? y él, acá tengo buen billete para vacilarnos como nadie en una ciudad no menos corrupta como ésta. Carlín era experto en los huecos con olor a cocaína. Tenía que aceptar, aunque yo no quisiese, su amplio conocimiento en el mundo de las drogas y en eso no le ganaba ningún huevón de Lima ¿ah, sí? y para comprobarlo me llevó a todos los lugares conocidos y por

conocer porque la ciudad de noche se cubre de drogas y gays por todas sus malditas calles. Yo mismo lo veía reflejado diariamente en los programas de la telemierda que tanto detestaba. ¿Y los futbolistas? ¡de seguro que ahora sí clasificamos, hermanito! ten fe ¡Bah! y aunque eso ya no me importe, debo confesar que a muchos de ellos los conocí, pero sólo de vista, en los huecos donde antes, asiduamente, compraba. A medio camino le mencioné a Carlín que en Miraflores y Barranco la cosa se había puesto cara. Y él, ¡eso ya fue, cuñado! ahora Lima es otra hom, y me recomendó a la tía Pocha que vivía por la avenida Tingo María. En octubre le gusta ponerse su hábito morado del Señor de los Milagros. Tiene un negocio aparte, me dijo. ¿Y tú?, ¿ah sí? le repliqué sorprendido. ¿Y él?, vende estampitas afuera de la iglesia de Las Nazarenas pero como ya la ha tasado la policía no tuvo otra que quitarse a la de Santo Domingo, pendeja la vieja ¿no?, ni en Dios cree la conchasumadre. Si la cosa sigue así, nos vamos a quedar sin abastecedora hom, continuó. Así que mejor vámonos a buscarla de una vez, antes que la guarden en Santa Mónica. Y así fue, ¿en taxi?, claro pues, más seguro. Nos arriesgamos a una excursión entre calles sórdidas y miradas tan salvajes que nos hacía infiltrar nuestros pasos como si esos jirones fuesen una verdadera selva decadente. Llegamos hasta un portón de madera apolillada, dentro de una quinta con muros de adobe

carcomidos y con rastros que fueron pintados alguna vez, y que ahora mostraban lemas de «Y dale 'U'» y «Chino conchasumadre», adornados por todos sus extremos con dibujos de pingas y nombres de grupos de rock. Vaya, ¿acaso ésta sería la auténtica Lima? y él sí pues, todo el Perú es una mierda. El lugar expelía un fuerte olor a orina que me hizo recordar la herrumbre de mi hueco donde habitaba, con ratas que corrían a nuestros pies, haciéndonos imaginar un peregrinaje entre alcantarillas convertidas ahora en templos marginales. Pero lo que más me jodía en realidad, era el ladrido de los perros que saltaban y saltaban tratando de morderme, sin embargo Carlín parecía ser conocido para ellos por su cotidiano y característico olor a pasta. La tía se mostraba a medias con la puerta entreabierta, por sí las moscas flaco, y nos decía ¡Shhhh! caleta nomás, a eso de las once de la noche, y Carlín que la tranquilizaba, tía pero si no hemos visto a ningún tombo, y si venía uno ¡qué chucha! porque esos huevones no se meten con los abastecedores, y si no ¿a quién más iban a venderles lo confiscado en la selva peruana?, ¿y ella?, ya más despreocupada con una sonrisa en su feo y arrugado rostro nos contestaba ahorritita he mandado a mi sobrino que ha quedado en conseguirle buena merca. Carlín se reía frívolamente, enseñando sus pocos dientes y se sobaba las manos para tranquilizar a su desgastado organismo que le exigía

el influjo del desadaptado vicio. El tipejo vino en un dos por tres, por lo que no tuvimos que esperarlo mucho tiempo. Llegó corriendo desde unas cuadras atrás. Se le notaba extenuado. Se ahogaba. Acá les traigo algo bacán pero que está algo carito hermano. Ecstasy se llama esto hom, nos dijo ya más tranquilo. Me sorprendí al ver que parecían ser unas pastillas ovaladas y pensé que tendría que ¿tragármelas? El tipo insinuó reírse y nos dijo esto lo muelles y lo combinas con ácido hom y luego te lo inyectas hom, pero eso sí, te hace imaginar porquerías, loco ¡es alucinante hom! va de frente a tu cerebro y te raya de puta madre hom. Y Carlin ¿es firme, no? porque usted tía, todo lo falsifica, ¿y ella qué dijo?, claro que sí huevón. Decidimos que ya era hora de probar el nuevo alucinógeno por lo que nos quitamos abrazados hablando del posible orgasmo que nos producirían las drogas inyectables y de los veinte dólares que nos tiramos en nuestro nuevo vicio. Así fue como nació mi sábado de gloria después de un jueves y viernes sin probar el santo pecado del cual era hora de poner en marcha con algo maravilloso. Nos volvimos a mi depa hasta la madrugada de un putó día como ése, ¿escuchando a Marilyn Manson?, y a todo volumen, y ahí nomás Carlin me metió un buen chape, cogiéndome la pinga, ¿con ganas?, y me confesó que yo le gustaba, así que para devolverle mis sentimientos le dije y tú a mí cabrón. A pesar que en ese

momento no comprendió el porque no me lo quise culear como la otra vez, tuve que aclararle que nuestra amistad se arruinaría si eso acontecía nuevamente. Un beso es suficiente loco, le dije. ¿Entonces?, ¿se inyectaron de una vez?, sí, pero cerca del baño para limpiar bien las jeringas. Un poco para cada uno hom, me dijo, para que nos alcance. Los inyectables nos movieron el cerebro con imágenes tan alucinantes que me hicieron recordar el buen polvo que me tiraba con mi primita de doce años, quien era una chibolita bien rica y que me decía que ya no y no, y yo que no paraba hasta reventarle la vagina, como la vez que le metimos harta coca y hartó trago, ¿y Carlin?, ¿y qué? si ella misma quiso que te la tiraras hom, ¿te acuerdas? Te aseguro que ahorita debe estar puteando en la Arequipa, después de lo bien que te la comiste, loco. Mientras mantenía mis alucinadas con la presión que se me seguía bajando de un porrazo, Carlin me decía ya me quito hom y síguete rayando como yo porque apenas consiga un poco más te paso la voz. Después de eso, no volví a verlo nunca más porque creo que el huevón se murió de un infarto al día siguiente en que se inyectó otro. Eso me exasperó a tal punto que le solté muy dentro de mí jechoista conchatumadre! ¡está bien que te hayas muerto, huevón! La plata se me terminó como se puede consumir el placer de un buen orgasmo. No supe qué hacer. Tuve, en definitiva, que buscar a mi viejita para que me soltara unos

dólares por ahí. Me esperó a dos cuadras de la casa porque si te ve tu papá ¿no sé qué te haría? y ella me decía que siempre me querría como a su ovejita descarriada ¡pobrecito mi hijito! ésas son las pruebas que te pone el Señor pero tú vas a salir adelante ¿no mi amor?, ¿y tú?, sí mamá porque he pensado ir todos los domingos a misa ¡ay, qué bien! me dijo. Ya más tranquila, me pareció verla irse en su Mercedes a lo largo de la avenida Conquistadores mientras se perdía en medio de varios taxis y micros que parecían cubrir los perfiles de los chalets que se confundían con las elegantes tiendas de una ¿Miami? limeña. Todo, para decirle al cura de la Virgen del Pilar que me esperara mañana jueves ¿para confesarte? sí, al tanto que encendía unos cigarrillos importados a medio camino y en mis adentros le decía gracias por la plata huevona, me has dado buen billete para conseguirme más Ecstasy. A decir verdad, así soy de rápido cuando me dan plata para mi vicio. Me dirigí a misa esa mismísima tarde, ¿para comulgar?, ¿sin haberte confesado?, claro, eso me quitaba tiempo, y de paso, darle gracias al Señor por haberme hecho nacer en un suelo patrio que abundaba en corrupción y drogas. Sin haberlo pensado dos veces, me encaminé hacia Tingo María y me la empecé a aplicar esa noche, ¿en tu baño-cloaca?, cerca del asqueroso retrete. Como ya sabía inyectármelas puesto que ya me habían hecho varios exámenes médicos en la clínica

Angloamericana que estaba, no sé si por suerte, cerca de mi antigua casa en San Isidro. Casi siempre paraba allí para que me quitaran sangre y ver si en verdad consumía estimulantes, pero el médico no se sorprendió al verme. Me sacó por la ¿cara? según él y me decía bien que te metes tu droga y vienes a ver si tienes tóxicos, huevón. Así que para mí no había problema con la preparación, además Carlín ya me había enseñado que se inyecta en la vena esa hom, la que está a la altura del codo y no te olvides de sujetarte el antebrazo. Me deleitaba y agonizaba como si la muerte llegara directamente a mi cerebro. La sangre corría aceleradamente por mi cuerpo y me agitaba rápidamente el corazón, haciéndome sudar a chorros con los nervios que no podía controlar. ¿Temblabas como un epiléptico?, con los ojos como queriendo explotar y salirse de mi rostro. Fue por eso que me enamoré perdidamente del Ecstasy, convirtiéndose desde esa inolvidable noche en mi único amante, mientras pensaba que en verdad existía el amor a primera vista, surtiendo un inefable efecto en mí al sentirme pequeño ante la magia de esa incomparable penetración eyaculativa. Unas horas más tarde, volví a llenarme de deseo por lo que decidí inyectarme uno más, dejando que el puto Manson entrara por mis oídos y se confundiera con la droga dentro de mi contaminada sangre. Mi diversión no duraría mucho hasta que los vecinos del edificio

se quejaron del ambiente infectado de heroína y ácido al pasar cerca de mi estancia, asimismo la música a todo calibre, los enloquecía. La puerta la tocaban con fuerza, retumbaba. A pesar del escándalo que hacían no llegué a oír ninguno de los golpes, ya que me hallaba en pleno disfrute de un egocentrismo drogajero y sólo oía levemente ¡abre la puerta, fumón de mierda! puesto que no fui interrumpido hasta que uno de ellos, que se asemejaba a un auténtico serrano nato, tuvo que patear la puerta y traérsela abajo, decidido a empujarme e insultarme con palabras que no llegué a entender puesto que mi loca amante se había apoderado, ¿de tu psique?, y dominaba todos mis movimientos y sujeciones enfermizas mientras alucinaba que el cadáver de Carlín, con la piel desfigurada y la ropa raída, regresando del mundo de los muertos sólo para golpearme a palazos y pedirme plata para más Ecstasy. Me arrinconé a la pared, comencé a llorar y gritarle ¡no tengo plata, puta madre! ¡y ya déjame en paz, maricón de mierda! En ese instante, otro de mis acusadores me levantó a la fuerza y de un puñetazo me hizo rodar por las escaleras, ¿y qué hiciste?, nada pues; quedé inconsciente al toque. Para cuando desperté, me encontraba internado en el vetusto y decadente hospital de Dos de Mayo, que parecía hallarse en la peor zona de Lima, contagiado de una atmósfera impregnada de transpiración y comida recalentada. Llegué a parar en la habitación de

los ¿sidosos? entre cuatro altísimas paredes ambientadas con un tono lóbrego. Hartas caras demacradas me rodeaban, yaciendo en camas portátiles de fierros oxidados, con un aire a necrofilia que se presenciaba en toda la habitación y más aún teniendo que soportar el lamentar de los enfermos, lo que me hacía creer que así debía ser el infierno y que yo mismo me había buscado ese destino, ya que debía descontar la cordialidad de mis vecinos, quienes me acusaron de homosexual y drogadicto, los médicos no pensaron otra cosa en mí que el virus del SIDA, por su parte la indígena que ocupaba el cargo de velar a los enfermos en esa sala, me confirmó que había llegado hace dos días. En las noches, teníamos que ponerte calmantes para controlar tus alucinaciones, me dijo. Secábamos tu sudor con toallas y te inyectamos una dosis, ¿contra el SIDA?, claro pues. Para asegurarme que me estaban tratando bien, le pregunté si eso contenía heroína, y ella ¡estás tú loco! es para tu enfermedad, sonso, ¿y tú?, la jalaba de su uniforme celeste de enfermera, le pedía heroína; que con eso se me iba a pasar. Ella insistía ¡suéltame! ¿Estás loco, acaso? pero yo le gritaba con todas mis fuerzas ¡dame la heroína, puta de mierda! La auxiliar sanitaria trataba de zafarse de mis manos. La lastimaba. Lloraba. Algunos pacientes se levantaron para ayudarla, y otros, para golpearme con las almohadas para que la dejara tranquila, y las mujeres les

avisaban a los otros enfermeros que le ayudaran ¡y pronto! Entre todos me sujetaron contra la cama, me inocularon un calmante que no me hizo despertar hasta el día siguiente. El médico me prometió que si me portaba bien, en una semana estaría fuera del hospital. Te vamos a pasar al Centro Victoriá, me dijo, está cerca del Callao ¿lo conoces, no? Allí abundan los indigentes, un sinnúmero de fumones y rateros, por si acaso. Para que te cures junto a drogadictos, me informó, porque hemos diagnosticado tu problema y no es otro que un desenfrenado amor a los ácidos lisérgicos. Me hice la promesa de no volver a pensar en el Ecstasy, y que tras recordar el trágico final de Carlín, no iba a ser tan idiota como él, de morirme por un simple vicio. Una semana se pasa rápido, pensé, y aún no quiero desaparecer. Después de unos días de reposo y tras hacerme amigo de los sidosos, me la pasaba durmiendo y conversando cosas sin sentido; que me dejara de hablar rocas, me decían. Pero lo que realmente me pareció inexplicable, fue el hecho de que los médicos se sorprendieran de mi recuperación, que a pesar de lo desagradable del lugar y de lo detestable de la comida, la cual, estaba preparada con los peores ingredientes y presas con pocas incrustaciones, mas los encargados juraban que ¡es carne, hombre, y come de una vez!; no dudaran en declararme de alta al día siguiente. ¿Y luego?, no bien hube iniciado mi viaje en una

unidad especial del hospital con dirección a mi terapia definitiva, empecé a extrañar el dinero que me solventaba mi viejita o de las piezas de carros que yo mismo robaba para luego venderlas por ahí, ¿en el mercado negro?, y de las escapadas con Carlín, a unos huecos que sólo los había en un país como el Perú. Llegué a mi nuevo hogar, en la peor zona de San Miguel, abatido y sin expectativas. Una deplorable avenida tan larga y deteriorada como el sendero que me condujo al consumo de drogas, me aguardaba a sus anchas, tras pasar largos minutos en un recorrido de avenidas e incontables esperas por un bullicioso e indescriptible tráfico que se alivió, acertadamente, con la sutileza de los enfermeros para explicarle mi problema a la directiva del centro. Por consiguiente, no tuve problema para encontrar acogida y propusieran un lugar especial para mí. Esa tarde me cortaron el pelo a coco, me hicieron rezar y leer la Biblia, capítulo por capítulo, hasta la noche. ¡Jesús es el nombre glorioso de nuestro creador! no paraban de repetirme ¡pon tu fe en él! la verdad es que con todo eso, me era difícil concentrarme. Apareció por una de las puertas, cuando ya todos se habían ido, uno de los hermanos, quien me propuso una fumadita de pasta básica para no perder la costumbre. ¿Y tú?, fumé pues. Más tardecito te paso unos cuantos más, me dijo, porque la droga no te la quita nadie compadre, y menos aquí que sirves

de sustento a los dirigentes de este lugar de mierda. De inmediato accedí, pero tuvimos que apagarlo, por lo que se abrió la puerta de la amplia sala que decidimos no iluminar. (Funciona como capilla y auditorio, hermano, y sólo la abren para dar charlas y decir que los drogós nos curamos). Fue entonces, que creí ver entrar a alguien. ¡Chucha! nos cagamos, dije. Había encendido los fluorescentes y nos preguntaba ¿qué fumábamos, carajo? No le pude distinguir, ya que mi vista empezó a fallar por culpa de los tóxicos. El sujeto me decía, con una voz estrepitosa, que a partir de mañana saldría a vender caramelos con unos cuantos de mis hermanos en las distintas unidades de transporte limeñas, y mientras se nos acercaba, reconocí en él, el rostro del director, quien no dejaba de observarme con una mirada amenazadora y advirtiéndome que la tarifa de ganancia diaria ya estaba dada, así que cuidado con robarte algo ¡fumonazo de mierda! porque aquí mismo te reventamos a golpes, y si te mueres, eso aquí a nadie le importa. ¡Ahora, lárgate a dormir!, me dijo, empujándome fuertemente por la cabeza. Me separaron una habitación tan sucia como mi nostálgico departamento de Arenales, ¿con una cama igual de repugnante?, ajá, y con irónicos cuadros, en las descuidadas paredes, que representaban la imagen de Jesús, el amigo que nunca falla. Preferí que amaneciera, mientras oía a lo lejos el constante reventar de las olas ante el acantilado de la Costanera,

que se propagaba a través de la fría brisa del invierno oceánico hacia mi ventana, que tenía el vidrio roto, y algunos disparos que debían provenir del Penal de Menores. Al día siguiente, salimos desde temprano por entre micros viejos, cruzándonos con algunos choferes que no nos dejaban subir por ser lacras sociales y nosotros con nuestro Jesús el Salvador a cuestas y que el gobierno no nos apoyaba, y que por eso tenían que ayudarnos para acabar con la drogadicción en Lima, pudimos vender todos los caramelos a los crédulos que nos imaginaban curados con la santa mano de ¿Dios? hasta quedarnos muy entrada la noche, mientras miraba las calles de esta ciudad continuar llenándose de drogas y prostitución que creí, nunca abandonarían al país. Me resigné a ese cruel destino. Volví donde ellos estaban, a unos pasos nomás, y nos prometiste que ibas a enseñarnos una nueva droga que habías descubierto. ¡Es lo máximo!, les aseguré. Ahora hace frío y es mejor que nos vayamos. El tiempo parece pedirnos unos tronchitos, les dije casi tiritando.

Johnny Zevallos



DIÁLOGO ENTRE UN ATEO Y UN RELIGIOSO

- ATEO:** ¿Cómo puedes creer en Dios? ¿Si usaras un poquito de razón, podrías darte cuenta que es un absurdo?
- RELIGIOSO:** Qué fácil usas esa palabra. Yo no necesito explicar la existencia de Dios. ¡El camino hacia Él no es la razón, sino la fe!
- ATEO:** Si no vas a usar la razón, ¿cómo saber si tu creencia es algo inventada?
- RELIGIOSO:** Porque lo siento.
- ATEO:** ¿Y por qué no lo siento yo, acaso no soy un ser humano?
- RELIGIOSO:** Tú también lo sientes, sino que lo niegas.
- ATEO:** No sé cómo puedes decir eso, ¿acaso, tú eres yo para decir qué es lo que siento y qué es lo que no siento?
- RELIGIOSO:** Todas las culturas han creído en Dios. Eso quiere decir que tenemos a Dios dentro de nosotros, y gracias a nuestra humanidad somos los únicos que podemos sentirlo, entonces, como tú también eres un ser humano, puedes sentirlo. ¿No hay otra actitud sino la de negarlo?
- ATEO:** ¿Sabes lo que yo siento?, que la idea de Dios te ata, porque te quita la libertad; limitándote y convirtiéndote en un ser totalmente dependiente. Poco a poco, te vuelves en un ser débil. En síntesis, te transformas en un esclavo de una idea. Creo que lo que dijiste puede ser cierto, pero no es que Dios esté dentro de nosotros. Y aunque por mucho tiempo que el hombre haya estado indefenso ante la naturaleza, sin embargo ya no es así. El hombre ya tiene la fuerza suficiente para no estarlo. Como te dije, la idea de dios te limita.
- RELIGIOSO:** Primero, Dios no es una idea, es real. Segundo, tú eres el débil, porque estás solo. Tú eres el limitado, porque rechazas la ayuda; y tú eres el que está atado a la razón, la cual, te nubla los sentimientos.
- ATEO:** Yo no estoy solo, porque tengo a mi razón. Si admito ayuda es porque no soy perfecto. Además, mi razón no nubla mis sentimientos, sino que se fusiona con ellos.
- RELIGIOSO:** Gracias a gente como tú esta sociedad está como está. Primero es negar a Dios, luego a la moral, y por último a la vida.
- ATEO:** Yo no me considero una persona sin moral, es más, estoy de acuerdo contigo en parte, negar a la moral es negar a la vida, pero que esto tenga que ver con Dios yo no lo creo.

Omar Salazar Calderón

CAVILACIÓN EXISTENCIAL

..., Medias, zapatillas para salir a caminar cojeando del talón de Aquiles del que todos sufren; separando mis ideas para priorizar, decidí sentarme a razonar sobre mis pasos futuros.

Realizando mi cuerpo en el borde de la primera escalera que da a la calle, separada por una reja metálica de las que se ven en todas las casas y edificios para proteger los bienes del acecho de algún hombre que circula buscando el recurso material. Me senté allí: primero, por no tener las fuerzas siquiera para dar una vuelta a la manzana, o para caminar por el parque, y segundo, porque me sentí cómodo bajo la sombra del techo que dejaba correr el viento.

Buscando guiarme hacia el repaso mental, descansar de los cortos circuitos para luego pasar victorioso a la praxis física de la realidad, pensé en mi realidad comparada cualitativamente con otras y me consideré afortunado (aunque sujeto a mis condiciones, es decir, limitado por el factor económico, el cual sin embargo es algo general en estos tiempos de empobrecimiento colectivo). Me fui dando cuenta que no poseía mucho en cantidad de bienes materiales, pero que sin embargo sí poseía el tesoro del Universo; poseía el origen de la raza

humana, y me vi ansioso de poder darle algo de mí.

Pero a esta altura del retablo ya no puedo seguir solo presentando los pensamientos reales del momento predicho, sino además también aquellos a los que he mezclado con alguna melosa fantasía, que sin ser del todo mala sin embargo no era esencialmente lo que me había dispuesto a contar.

Sigo viendo la calle delante de mí y me siento uno más; un ciudadano vislumbrando su futuro de mil colores, con texturas diversas y extraordinarias mezclas dispuestas para mi observación como si estuvieran puestas en un museo y uno tomara parte de todo como un vigilante. Y es esto lo que causa mi gran angustia.

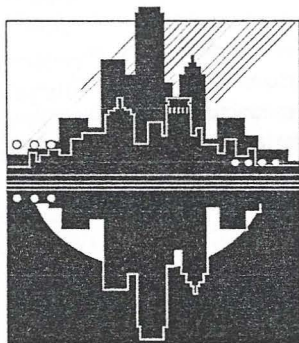
Pienso, pues, que me lleno de la cotidianidad urbana a la que no puedo hacer funcionar a mi favor; es decir, que no concreto nada material de lo visto por mis ojos, de lo sentido por mi corazón.

Lentamente transcurre mi vida pensando en el momento sugerido para mí. Ya demostré mi sensibilidad guardada, oculta tras las caminatas al micro, tras las colas en oficinas humillantes, tras programas podridos de realidades chichas que no hacen más que

contagiarme y luego repelerlo con un cambio de canal.; ¡Sí justo en este momento de mi cavilación en que podría ser conocido por alguien que tomo de todos, por alguien que sufre, ríe, llora, sangra, juega con todos! justo aquí en el instante de optimismo personal, de ver al final de todo un destino para mí, es cuando un ruido me hace voltear y vuelvo a la realidad y a verme sentado en las escaleras del departamento de mi madre; instante en que veo saliendo a mi vecino que se dirige a trabajar en un supermercado, que lo sé por su uniforme; me pregunto si yo hago bien quedándome sentado esperando

aquel momento. Resuelvo mis preguntas, diciéndome que estoy estudiando, que deseo aprender. Ya que me veo como un joven pocamente culto y con aires de victorias futuras. No se si estas contestaciones mías sean verdaderas ya que por otro lado no niego que me gustaría emprender algún pequeño negocio que me traiga algo de dinero que bastante falta me hace. Así con esta clase de pensamientos ambiguos me doy por paseado y subo las escaleras creyendo que el tiempo lo dirá.

Renzo Signori



MARJORIE

A Patricia Costa y Jorge Piñeiro

No me sorprendí al encontrarme con Marjorie. La calle le tenía que pertenecer. Los árboles de hojas cerradas son las que más le gustan. Caminaba haciendo sonar sus monedas; mostrando con escándalo sus piernas amarillas. Seguía usando esos guantes que le quedaban horribles, e insistía en vestirse de negro. Había aprendido a fumar, sus palabras agujereaban el humo.

—Espero que estés bien — le dije con afecto. Ella me entregó su sonrisa semioscura, miró un rato el cielo color acero, como pensando, y casi observándome de costado, volvió a perforar las volutas de humo. Era de esperarse, no tenía por qué haberme sorprendido, sobretodo viniendo de una persona que de niña disfrutaba descuartizando insectos. No pude evitar sonrojarme al responderle que de eso no sabía nada, que la gente habla por hablar.

Anduvimos casi hasta la esquina. Un gato soñoliento nos odiaba desde su ventana. Desde las cortinas floreadas nos llegaba una discusión sobre una tal Mercedes. Nos detuvimos al lado de un ficus moribundo. El tallo anoréxico del ficus estaba muy orinado y desprendía un mal olor.

Decidí, mientras intentaba no escucharla, meter mis manos en los bolsillos del pantalón. Pero no lo hice. Tuve miedo de encontrar un arma y llegar a usarla contra ella.

Marjorie me hablaba de costado y así se le veía más delgada. De tanto en tanto, se pasaba una mano (o un guante para ser preciso) por los cabellos. No pudo con su genio y tras el paso de un camión lleno de jabs de pollo, volvió a morder mi herida.

—Te he dicho que de eso no sé nada, —le contesté casi ofuscado. Sin dar explicaciones, ni despedirme, huí a paso redoblado, lleno de náuseas, y sin saber bien lo que hacía. Tres cuadras después volví la mirada; ella ya no estaba.

Al llegar a casa de Carlos Dupin le conté lo ocurrido. Riéndose, encendió su pipa, le dio dos grandes bocanadas. Me ordenó que le sirviera un té. En la cocina mojé mi cabeza con el agua de la canilla. Me acomodé el cabello con los dedos y me pregunté ¿por qué en la cocina no hay espejos? Al volver con la bandeja, lo encontré en su sillón escuchando a Vivaldi. Me pareció haber oído, antes de entrar, que colgaba el teléfono como si lo

hubiera hecho deliberadamente al sentir mis pasos. Puse el té en el escritorio y me senté en el diván. El cuello de mi camisa estaba húmedo y las gotas de agua, que caían de mi nuca, enfriaban mi espalda. Estuve incómodo; aun así me quité el saco, la camisa y el pantalón. Él hizo lo mismo, pero fue él quien se encargó de doblar cuidadosamente la ropa. Elevó la potencia del calefactor y, sólo después de eso, pude sentir su pecho palpitante sobre mi espalda húmeda.

Luego conversamos de todo, de lo poco doloroso que fue, de la hipoteca, de lo hermoso que es el doctor Frías. Nos lo imaginamos desnudo y al hacerlo tuvimos que acariciarnos para socorrer al placer que convocamos. Ya no sentía las náuseas, mientras nos duchábamos. Todo era cristalina, aceptable. Preparé la cena, lavé las vajillas y recogí las migajas de pan que Carlos siempre arroja al alfombrado. En el living charlamos dos horas más, y lo de Marjorie era un comino comparado con las picardías del gordo César en el baño del Club. Marjorie era un sueño tan borroso del cual se intuye su existencia, pero que al no recordarlo bien, lo desdeñamos y sólo nos perturba tres minutos. Él miró su reloj y lo tomo como señal de retirada. No había mencionado nada de eso y tuvo la sutileza de hacerme

olvidar ese terrible encuentro. Me puse el saco y con una sonrisa elástica lo volvía abrazar. Quería irme así: completo y no con esas preguntas sobre el arrepentimiento. Y ya casi cuando me estaba yendo, casi cuando había cruzado la puerta de salida, cuando ya respiraba el aire frío de la calle, a él se le ocurre agarrarme del brazo con una fuerza que yo no conocía. Al volver la mirada encontré sus ojos turbios y a punto de estallar en lágrimas. No pude dejar de preguntarme eso, de repetirme siempre al final de una hermosa velada si yo sigo soñando como una mujer porque él, sí. Me dio un beso en la boca, y luego me atenazó entre sus brazos llamándome Marjorie, y con una voz quebrada, me pedía que lo vuelva a llamar Mercedes. Luego me hizo entrar para recordar juntos, si no lo hacemos me suicido Marjorie, aquellos tiempos en los que éramos felices como lesbianas donde no conocíamos ni remordimientos, ni hormonas, ni pelos alrededor de la boca, ni bisturís.

La Plata, 11 de agosto de 1997
Moisés Sánchez Franco

ENTREVISTA A OSWALDO REYNOSO

"MÁS QUE ESCRITOR, SOY CREADOR"

*Al ingresar al escritorio, lo primero que sorprende al visitante es la brevísima biblioteca que posee el autor de **Los inocentes** y **Los eunucos inmortales**. Reynoso advierte nuestra perplejidad y, mientras nos ofrece dos sillas y manda traer dos cervezas, nos explica sonriente que una vez que ha terminado de leer un libro, lo regala: «Sólo conservo aquellos que me han obsequiado mis amigos, aquellos que guardan una dedicatoria»*

Las cervezas no tardan en llegar. Con mucha habilidad, llena rápidamente los vasos: «¿No les molesta que sirva con espuma, verdad? A mí me gusta la espuma de la cerveza. La espuma ayuda a mantener la frescura y el sabor». Hacemos un brindis por esa verdad apolítica y luego de algunos tragos y de algunas humoradas, recién nos autoriza a encender la grabadora y dar inicio a la entrevista. Lo que sigue a continuación son algunas partes de esos inolvidables momentos en casa de uno de los escritores más importantes de los últimos tiempos.

"No me interesa sacar un libro caro"

Cuéntenos, ¿qué está haciendo últimamente?

Ahora estoy corrigiendo las galeras de *Los eunucos inmortales*, que va a salir en junio o julio bajo el sello Editorial San Marcos.

¿A qué se debe el cambio de editorial?

A mí no me interesa sacar un libro caro. Yo no escribo para un determinado sector. Me agrada que mis libros, o lo que yo escriba, sean leídos por un gran número de personas. Como vivimos en una gran crisis, y los estudiantes y profesores, que fundamentalmente constituyen la mayoría de lectores y que tienen graves problemas económicos; mi intención siempre fue la de poner a su disposición un libro barato. PEISA ha sacado mis libros a precios muy altos. Mi contrato con ellos ha concluido. En editorial San Marcos he encontrado la forma de que mis libros mantengan la calidad de edición y que salgan con precios accesibles. Por ejemplo: *Los eunucos inmortales* va a ser vendido a diez soles y mi pequeña novela *En busca de Aladino*, a tres soles.

"MÁS QUE ESCRITOR, SOY CREADOR"

Muchos escritores tienen un horario para escribir. ¿Usted, también es escritor disciplinado?

Primero, yo más que escritor, soy creador. Escritor es la persona que tiene un cúmulo de ideas, de conocimientos y que los puede expresar a través de la escritura; y puede valerse del ensayo, de la novela, poesía o teatro. Por ejemplo: Vargas Llosa, Paz y Sartre, son escritores.

Los creadores son en el fondo poetas, cuya finalidad no es simplemente transmitir ideas, conceptos o configurar mundos. Sino, la última instancia de su quehacer literario es crear mundos. El creador persigue un manejo artístico del idioma...

...Yo no tengo facilidad de escritura. Me demoro mucho para escribir. Por eso que he publicado tan poco. Solamente escribo narrativa. En muchas oportunidades me han pedido que haga comentarios, pero me pongo a hacer los comentarios o la crítica, y no tardo en darme cuenta que no puedo. De crítica no me sale nada.

Luzbel

Usted se inició con la poesía. Háblenos de ese primer libro *Luzbel*.

En 1955 publiqué un libro de poemas que se llamaba *Luzbel*. En ese entonces, escribía al mismo tiempo poesía y narrativa. Pero yo mostraba a mis amigos la poesía y ocultaba mis relatos. Me parecía que mis relatos eran íntimos, más personales. Además, no le daba tanta importancia a mis relatos. Con el tiempo me he convertido en un narrador y no en un poeta, como de joven había pensado. Sin embargo, algunos amigos señalan que mi narrativa es muy poética. Quizás, como dice Eielson: «La poesía es única, pero se expresa por diversos medios».

El nacimiento de los inmortales

¿Qué lo motivó a crear *Los eunucos inmortales*? ¿Cómo nace la novela?

En 1977 tuve la oportunidad de trabajar en China. Mis amigos se emocionaron tanto con la noticia, y casi me presionaban para que aproveche mi estadía en ese país, para que escriba una novela sobre China. Desde la primera vez que me lo dijeron, yo me negué. No quería, y no iba a escribir una novela sobre China.

Una vez que llegué a ese país, los chinos me decían: «Ya que usted es un escritor, escriba sobre nosotros». Igual que a mis amigos del Perú, les dije que yo no iba a escribir sobre ellos.

A mi vuelta al Perú, después de más de diez años, mis amigos fueron a recibirme, pidiéndome a la vez, mi novela sobre mi estadía en China. Yo todo lo que les mostré fue mi pequeño librito *En busca de Aladino*. Se sintieron decepcionados y hasta me dijeron que yo había perdido el tiempo, desaprovechando una gran posibilidad.

Un día vienen a buscarme unas amigas. Me contaron que por Paruro hay un chifa donde ha llegado un cocinero de Pekín, quien hace una comida muy especial de Pekín. Voy allá y, efectivamente, ese cocinero preparaba una comida pekinesa, que difícilmente puede comerse acá. Además, tenía, también, algunos licores chinos. Comimos, vi cuando a las cuatro o cinco de la tarde llegué a mi casa, y como sonámbulo, me senté en la máquina y comencé a escribir la novela.

Últimamente se habla mucho de la literatura *light*. ¿Usted tiene alguna opinión al respecto?

Cada época tiene sus influencias, sus formas. Cuando escribí *Los inocentes*, Ciro Alegría dijo que yo tenía mucha influencia de Joyce; indicando que eso, estaba mal. Los escritores jóvenes actuales escriben sobre su entorno y, además, de alguna manera, tienen influencia de algunos escritores que leen. Hay influencias sobre ellos de Algunos escritores norteamericanos que son muy importantes. El problema está en que si esto que están escribiendo ahora, les va a servir para escribir una gran obra después, porque no se puede esperar de un joven de 20 o 22 años, una gran obra acabada. Y como en el Perú, los críticos son malos (porque para mí, el crítico debe cumplir un papel de magisterio), les exigen una obra perfecta. En el Perú la crítica tiene una orientación castradora...

...Yo hago una distinción entre lo *light* y lo chatarra. Por ejemplo: para mí, Bryce Echenique es el mejor representante de la literatura *light*.

Moisés Sánchez Franco y
Ricardo Miyashiro Ribeyro

*Entrevista realizada la 2da.
semana de mayo de 1999.*

Los lights y los chatarras

POR QUÉ NO ESTAMOS DE ACUERDO

Os contaré una pequeña historia. Habéis oído decir al elocuente orador que acaba de hablar: «Cesemos de injuriarnos unos a otros», y se mostraba muy afligido de que hubiera siempre tanta discordia.

Creo oportuno referiros una historia que ilustrará la causa de esta desavenencia: «Una rana vivía en un pozo. Hacía mucho tiempo que vivía con él. Allí había nacido y crecido, y sin embargo, todavía era una pequeña, muy pequeña rana.

Naturalmente, los evolucionistas no estaban allí para decirnos si la rana había perdido sus ojos o no, pero debemos admitir que tenía ojos y que diariamente limpiaba el agua de los gusanos y bacilos que vivían en ella con una energía que haría honor a nuestros modernos bacteriólogos. De esta manera tornose lustrosa y gordita. Bueno, cierto día, otra rana que vivía en el mar pasaba allí y cayó en el pozo.

—¿De dónde eres?

—Soy del mar.

—El mar; ¿es muy grande eso?, ¿es tan grande como mi pozo? — y dio un salto de un lado a otro de él.

—Amiga mía —dijo la rana del mar— ¿cómo quieres comparar el mar con tu pequeño pozo?

Entonces la rana dio otro salto y preguntó:

—¿Es así de grande tu mar?

—¡Qué tonterías dices; comparar el mar con tu pozo!

—Bueno, pues —dijo la rana del pozo— no puede haber nada más grande que mi pozo; no puede haber nada más grande que esto; esta prójima es una embustera, ¡fuera de aquí!

Ésta ha sido la eterna dificultad.

Yo soy hindú. Resido en mi propio pequeño pozo y pienso que todo el mundo se reduce a mi pequeño pozo. Los cristianos moran en su pequeño pozo y piensan que éste es el mundo entero. Los mahometanos habitan en su pequeño pozo y creen que a él se reduce todo el mundo.

Tengo que agradecer a todos aquellos que intentan romper las barreras de este pequeño mundo nuestro, y abrigo la esperanza de que, en futuro, el Señor os ayudará a realizar vuestro propósito.

Swami Vivekananda (1863–1902)

Místico hindú; discípulo de
Ramakrishna.



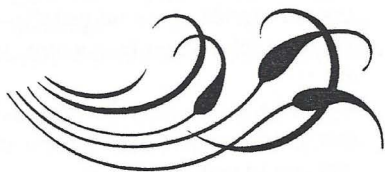
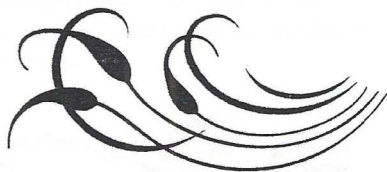
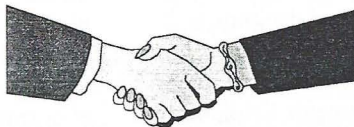
Swami Vivekananda

Por qué no estamos de acuerdo

Cada alma es potencialmente divina. La meta es manifestar esta divinidad que llevamos dentro controlando la naturaleza externa e interna. Conseguirlo por medio del trabajo, la devoción, el control psíquico, o la filosofía o uno o mas, o por todos estos medios y ser libres.

En esto consiste la religión. Las doctrinas, dogmas, rituales, libros, o formas, solo son detalles secundarios.

Swami Vivekananda



UNMSM-CEDOC

De «El Pesa-Nervios»

No he aspirado más que a la relojería del alma, no he transcrito más que el dolor de un abortado ajuste.

Soy un completo abismo. Los que me creían capaz de un dolor entero, de un bello, de carnosas y plenas angustias, que son una triste mezcla de objetos, una trituración efervescente de fuerzas y nunca un punto suspendido.

—pero, sin embargo, con impulsos en movimiento, desarraigados, que llegan de la confrontación de mis fuerzas con esos abismos de absoluta ofrenda,

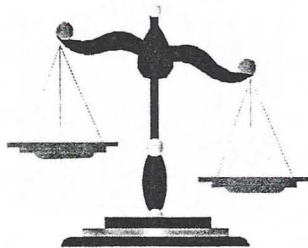
(de la confrontación de fuerzas al más potente volumen),

y no hay más que los voluminosos abismos, la detención, el frío,

los que me han colocado a un grado menos de la del ser, los que me han imaginado sumergido en un torturado ruido, en una violenta oscuridad en cuya lucha me debatía,

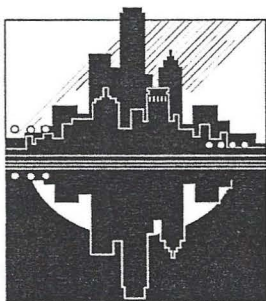
—están perdidos en las tinieblas del hombre.

de «El Pesa-Nervios»
Antonin Artaud



CONFESIONES DE UN CADÁVER

Cualquier cosa...
Habitó una mujer que aparece como desaparece
cuando miro tus ojos llenos de angustia.
Y pasión es lo que atormenta en drogas ocultas de
sangre que sale de mi cuerpo. Realeza. ¿O del
Pueblo? ¡Me llega al pincho!
Lo único que me importa es el existir,
cuando traspaso las paredes de lo invisible.
¿Y la nada? Destroza a cada instante mi existencia.
Ansiosa de una carne trémula llega tu alma ante mis brazos,
despertando el temor mas profundo.
Temor que me lleva a la locura.
¿Qué es la locura, sino la mayor cordura
de los cuerdos que se pierden en el humo de su propio incendio
para estar ahogados en un mar de éxtasis? Abotagados.
Preso de ángeles y demonios que alimentan mi ser. Entonces,
¿Mi sobredosis?, ¿Qué es de la mediocridad? Levanto la cabeza
y veo las sombras que huyen de su propio cuerpo.
De ese de las putas que me llegan hasta no sentir nada.



EL CAMINO DE LA SOMBRA

Él apareció caminando por la orilla de un inmenso mar que divisaba el horizonte. No distinguía el límite entre el mar y el cielo, pues, ambos tenían ese mismo color azul suave y hermoso que se impregnaban fácilmente en su retina. El agua de las olas mojaba sus pies. Sabía que éstas eran frescas, frías y juguetonas, pero, no sentía su frescura, ni la frialdad de las ondas marinas. El sol estaba en su máximo esplendor, derramando rayos por doquier, y el calor que emanaba de ese cuerpo ígneo, tampoco lo sentía. No entendía el porqué no tenía esas comunes sensaciones. Caminó por varias horas mirando absorto ese gran mar. Le pareció una playa intemporal, sin tiempo ni espacio definidos. Pero, divisó sobre los acantilados y barrancos: edificios, casas y parques. Subió hasta ellos y caminó hasta encontrar a alguna persona para interrogarla con sus múltiples dudas. Se topó con un hombre a quien le preguntó cómo se llamaba, el lugar donde estaba, qué año, mes, día, hora, era en ese momento. El hombre se pasó de frente, sin inmutarse con sus preguntas, y él no volvió a insistir. Siguió andando por esas calles desiertas, asfaltadas y soleadas, en busca de otras personas. Vio a algunas después, mas no se atrevió a preguntarles nada.

Miró las calles; leyó los letreros; consiguió ubicarse. Pensó en su familia, sus padres y hermanos. Recordó donde vivía y se dirigió con destino a su casa. Llegó a ella. Entró. La puerta estaba abierta, vio a toda su familia sentada en la sala, observando las imágenes de un aparato electrónico. Pasó y se puso frente a ellos. Les habló y ellos ni siquiera se movieron, ni protestaron por su interrupción. Gritó. Se desesperó. Fue a su cuarto al no encontrar respuesta. Todo estaba en orden: sus libros, revistas, recortes de periódicos, casetes, discos. Se sintió mal y salió corriendo. Azotó la puerta, mas ni siquiera, por eso, se movieron. Corrió y corrió, buscando consuelo. Iba a la casa de la chica a quien amaba. Se imaginaba abrazado a ella, echado en su regazo. Lloraba como un niño desdichado, que buscaba cariño y comprensión. Cruzó el jardín de su casa y tocó la puerta fuertemente. Ella salió; miró; pero parecía no verlo, ni siquiera distinguía el brillo de sus lágrimas que rodeaban por sus mejillas rojas y ardientes. Quiso abrazarla y sentir su cuerpo y su calor junto a él. Ella cerró la puerta rápidamente sin decirle una palabra. Sólo sintió ese aroma tan particular y delicioso que se alejaba rápidamente.

Golpeó la puerta un buen rato, pero ella nunca más salió. Se alejó cabizbajo, rumbo a la casa de sus mejores amigos, e igualmente, ni le atendieron ni le hablaron. Decidió regresar a su hermosa playa.

Caminó durante horas. No se sentía cansado; no sentía hambre ni sed. Sólo sentía esa inmensa soledad que inundaba su ser y que lo envolvía totalmente con una densa bruma, que hacía pesado su andar. No había escuchado una palabra hacia él, sólo una voraz indiferencia que carcomía y hería su corazón sensible; quería comprensión, consuelo y calor físico, que llenaran su inmenso vacío. Sólo una palabra, cualquiera que fuera le habría hecho sentirse bien, cualquiera aunque portara un insulto, un reproche, una maldición; sólo quería saber que lo tenían en cuenta; que importaba en alguna medida, que vivía para algo.

Se dirigió a un barranco verde que trasuntaba vida, fresca, ..., todo lo que él no sentía. Estaba amaneciendo. Los primeros rayos del sol hacían brillar el gran espejo marino, que se movía lentamente, con una suave brisa que iba hacia él. Quería formar parte de esa inmensidad que lo llenaba todo. Estaba dispuesto a acabar con todo; quería unirse con el paisaje

y formar parte de él. Miró hacia abajo y distinguió un cuerpo ensangrentado. Reconoció el rostro. Esas facciones eran más que conocidas: el cabello, los labios, la nariz, los ojos. Nunca los olvidaría. El cuerpo yacía inmóvil al pie de ese gran barranco.

Él se tiró confundido con el aire, rumbo al fondo que lo llamaba insistentemente. Y mientras caía aceleradamente, asaltaron su mente interrogantes como si era posible morir dos veces, si podría morir él, si lo mismo un alma, un espíritu, un espectro, una sombra, o cualquier otro ente inmaterial.

...El cuerpo que yacía inmóvil al pie del barranco, era el de él ...

Nehemías Vega Mendieta

